

30ª semana del tiempo ordinario. Sábado: Lc 14, 1.7-11

Era un sábado, día de fiesta semanal, día propio para alabar a Dios, cuando Jesús estaba invitado en casa de uno de los principales fariseos. Parece que era una comida algo de gala y estarían bastantes fariseos.

Aquel importante fariseo seguro que se sentía orgulloso al tener en su casa a Jesús, ya que éste en aquellos momentos era muy estimado por la gente. Por lo tanto su acción, pensaría el fariseo, también sería estimada bien por la gente. Sin embargo, dice el evangelio, que los fariseos invitados no es que se hubieran hecho ya amigos de Jesús, sino que le estaban espiando para ver de qué, en cuanto a acciones y palabras, le podrían acusar ante el pueblo.

Pero Jesús a lo suyo, que es seguir implantando el Reino de Dios, en la sinagoga o en la mesa de comer, Reino que es de paz y de amor. Y el amor es lo contrario del egoísmo, el cual abundaba en aquella reunión. Jesús lo constató, desde el momento en que fueron llegando los invitados, y quiso dar una lección.

De hecho, cuando había una comida un poco elegante, estaba establecido, al menos por la costumbre, el puesto que debía ocupar cada uno, según su dignidad. Pero resulta que a veces no está muy definida esa dignidad, y el egoísmo hace crecer la propia dignidad y rebaja la del otro. El hecho es que Jesús se da cuenta que muchos buscaban los primeros puestos.

Como les iba a hablar de la humildad y cuánto agrada a Dios quien se humilla ante los demás para enaltecerlo, mientras que castiga al que se enaltece humillándolo, Jesús les cuenta una parábola o más bien les propone ideas humanas para que luego cada uno pueda sacar su propia consecuencia.

Jesús no pretende dar soluciones humanas o sociales, para que por astucia vayamos a ocupar el último puesto, como recurso de una falsa humildad. Es un preámbulo para que mejor podamos entender su proposición importante, de que es necesario ser o hacernos humildes.

Muchas veces había dicho y dirá Jesús que, si queremos entrar en el reino de los cielos, debemos hacernos pequeños, ser como niños ante Dios. La humildad es la verdad y, como por instinto material, tendemos a crecernos llevados por el egoísmo, la verdad estará en rebajarnos algo. Sobre todo, si, al rebajarnos, vamos creciendo en el amor a Dios y en provecho para los demás.

Esto del buscar puestos de excelencia no sólo estaba entre los fariseos, sino que sigue siendo algo real entre nosotros y en toda la vida de la Iglesia. En los comienzos del cristianismo ya hablaban sobre este problema los apóstoles san Pablo y Santiago el menor. Veían cómo se daban discriminaciones en aquellas comunidades atendiendo nada más al aspecto exterior o al dinero.

Por lo tanto, la expresión de Jesús sobre el buscar el último puesto no debe ser un recurso para luego poder ascender más fácilmente, sino que debe ser una actitud del alma, que se siente al servicio de los demás. Rebajarse sin más, no sirve. Lo que vale es lo que hagamos para que los demás engrandezcan.

La Virgen María, la mujer más grande por su santidad, no brilló para nada en lo humano. Ella decía: "Dios enaltece a los humildes y a los ricos los despidе vacíos". Dentro de su humildad, ella veía la grandeza de Dios, porque "Dios ha mirado la pequeñez de su esclava".

Aprendamos que la verdadera grandeza de uno está en que Dios sea grande dentro de nuestro corazón. Si otros no lo saben ver, tengamos esperanza, que va unida con el amor, porque llegará un día en que Dios engrandecerá más a quien, dentro del sentir su pequeñez, ha permitido llenar su alma del verdadero amor a Dios y de la entrega continua y alegre para el bien de los hermanos.